

Es *El Moro* una obra preceptivo-literaria. En ella pueden aprender nuestros hacendados, tal vez con más precisión que en libros ex profeso, los cuidados que deben tenerse para con los animales; los *chalanés* especialmente, que son los que de ordinario desvirtúan un caballo haciéndolo coleador. ¡Un caballo coleador! ¡Hé ahí el eterno é irreparable defecto que tantas lágrimas y suspiros debió arrancar al caballo de Marroquín! Porque ser coleador es llevar el estigma de la muerte en vida, es eclipsar de un solo golpe las demás cualidades que la naturaleza concede á sus criaturas.

El Sr. Marroquín enseña deleitando. Difícil cosa en verdad.

Muchos habrá capaces de confeccionar una novela como *Entre Primos*, pero difícilmente resultará otro libro como *El Moro* entre nosotros. El Sr. Marroquín agotó allí el género, haciendo palpitar su alma y su vida. A través de esas páginas trazadas con verdadero *amore*, se escapa el perfume del aroma campestre, se siente *el sabor de la tierra* sabanera con sus múltiples matices y colores.

## LOS FLUXES DEL COLEGIÓ DEL ROSARIO

*Flux*, según el Diccionario de la Academia Española, es "en ciertos juegos, circunstancia de ser de un mismo palo todas las cartas de un jugador." La Academia, en su 12.<sup>a</sup> edición que tenemos á la vista, no da la etimología de la palabra; pero en francés *flux* tiene como significado secundario el mismo que en castellano, y como acepción primaria lo que decimos en castellano *flujo*, del latín *fluxus*. "Movimiento (uniforme) de las cosas líquidas ó fluidas. Movimiento reglado y periódico del mar hacia las orillas." De donde se ve que la idea de *fluxus*, *flujo*, *flux*, encierra dos elementos: movimiento y uniformidad en él. Entrambos intervienen en la combinación de las cartas del naipe, todas homogéneas, ó de un mismo palo; todas destinadas á irse moviendo una tras otra en el correr del juego.

Los bogotanos, descendientes de andaluces en su mayor parte, tienen una mala inclinación ingénita al *calambour* —y este es uno de los caracteres que los distinguen.—El equívoco, que empieza por gracejo, pasa al lenguaje vulgar y se convierte en tropo.

Más de la mitad de nuestros provincialismos, anotados por el sabio Cuervo, no son, como él mismo lo anota, sino traslaciones de sentido. *Abombar*, por aturdir; á *costillas*, por á costa; *alférez*, por el encargado de costear un festejo; *colaciones*, por bizcochos ó dulces confitados, etc.

Da un modo parecido, dejando á un lado la idea de movimiento y conservando sólo la de uniformidad, los hidalgos españoles, de quienes maldecimos como amos y á quienes reclamamos como ascendientes, habituados á tomar muchos términos del juego para aplicarlos, acá en América, á otras cosas harto diversas, llamaron *flux* al conjunto de pantalón, chaleco y chaqueta (ó prenda análoga) de idéntica tela y de corte consonante; es decir: apellidaron *flux* lo que los castellanos designan con el nombre de *terno*.

Esta y otras metáforas semejantes, dicen muy bien del ingenio de nuestros más ó menos auténticos abuelos; y dicen muy mal de su moralidad y buena conducta. Aunque fuerza es disculparlos un poquitín de su afición á los naipes, si se recuerda que vivían ausentes de la Patria, en caseríos condecorados por Carlos V ó los Felipes con los títulos de *muy noble y muy ilustre ciudad*, pero cuya ilustración y nobleza constante en pergaminos no los hacía crecer un punto; en donde no había paseos, ni teatros, ni periódicos, ni tertulias, y donde los que no eran santos en algo habían de entretenerse. Y se divertían jugando á las tablas y á los naipes, los mejores; y á las tabas y dados, los peores. Y no hemos de ser más rígidos que Santo Tomás, que no condena todos los juegos sin excepción, aunque á todos los estima peligrosos.

Los estudiantes del Rosario, que no conocen más significado de la palabra *flux*, que el gratisísimo relativo á la

indumentaria, también tienen, en más ó menos dosis, sangre española; también hacen sus tropos y dicen que un alumno se *sacó el flux*, cuando obtiene el número cinco en conducta, aplicación, y en los exámenes de todas sus clases.

Preciso es decirle al lector ajeno á la actual calificación usada en los colegios públicos, que cinco es el número máximo, y que equivale á *aprobado con plenitud*.

En otras partes, el mayor punto se llama *sobresaliente*; y el que le sigue, *notable*. Pero si en una clase de pocos alumnos, cinco verbigracia, todos alcanzan el número supremo, son todos *sobresalientes*. Todos sobresalen entre los demás. Donde todos *sobre salen*, ¿quién sale *sobre* los otros? Allí donde todos son dignos de *notar*, ¿quién *nota* á nadie?

Acá se distingue entre la *aplicación*, esfuerzo para estudiar, y el *aprovechamiento*, resultado del estudio. La primera se  *juzga y se premia*, porque depende de la *voluntad libre*; el segundo, se *testifica*, como que procede á un tiempo de la inteligencia que nadie se da y de la constancia que cada uno se procura.

Viene de aquí un fenómeno, que por allá sería inexplicable, y que aquí nadie extraña: la discordancia entre los premios y las calificaciones de exámenes. Pongamos ejemplos:

1.º N. N.—5 en aplicación y 5 en sus clases.

Igual: Facultades intelectuales superiores y voluntad constante.

2.º X. X.—5 en aplicación; 1, 2, 3, en sus clases.

Igual: Voluntad firme y constante; escasas facultades.

3.º V. V.—Aplicación, 3—5 en las clases.

Igual: Poco esfuerzo, reemplazado por sumas facilidades naturales.

El Colegio consigna aparte estos datos, pero los estudiantes, por cuenta propia, los reunimos, y nos fijamos en los que se *sacan el flux*; ó sea en los que llevan conducta y aplicación óptimas y obtienen además el número cinco en todas sus clases.

Oficialmente tales alumnos no se mencionan, pero nadie nos impide tomar nota de ellos; y los Directores de la REVISTA no nos prohíben recordarlos aquí, por nuestra propia cuenta y riesgo.

Advertimos que aquí no van los *inspectores*, como se llaman oficialmente; *pasantes*, como los nombramos nosotros con mejor acuerdo con las tradiciones del Claustro. Ellos obtuvieron cinco, en sus clases; pero ¡vaya usted á saber de su calificación de conducta, cuando ellos son los que nos califican á nosotros! Eso sí que no lo saben sino Dios y el Rector. Y este último debe de estar satisfecho de los inspectores, puesto que no sólo los ha dejado en sus puestos, sino que los ha ascendido.

Pues, *his positis*, como dice uno de nuestros Catedráticos, en 1908 se sacaron el flux sólo once alumnos internos:

RAFAEL LUQUE, colegial.

CARLOS JULIO GONZÁLEZ, convictor.

JULIO ENRIQUE SANZ, convictor.

ALBERTO ABELLO, colegial.

PARMENIO CÁRDENAS, oficial.

BRAULIO HENAO, oficial.

LUIS EUGENIO HERRÁN, convictor.

JOSÉ ANTONIO MONTALVO, oficial.

ELÍAS SABOGAL, convictor.

FÉLIX MARÍA REINA, oficial.

MANUEL VICENTE JIMÉNEZ, colegial.

Y sólo cuatro externos, á saber:

RAFAEL DOMÍNGUEZ.

JOSÉ ONÍAS LEIVA.

JOSÉ MARÍA RESTREPO MILLÁN.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS.

De aquí pueden sacar los lectores una de dos consecuencias:

1.º El Colegio del Rosario es el instituto docente de la República que tiene peores alumnos, puesto que, entre

trescientos estudiantes, sólo quince obtuvieron la calificación mayor en to.lo y por todo ;

O bien :

2.<sup>a</sup> El Colegio del Rosario es un Instituto donde hay una rigidez en las calificaciones.

Como alumnos que somos de la Facultad de Jurisprudencia, no dirimimos la litis, porque, aunque no *sacamos el flux*, sí sabemos que nadie en un pleito puede ser simultáneamente juez y parte.

Por la nuestra nos atenemos de antemano al fallo del justiciero y benévolo lector.

L. A. J.

## A LA CAMPANA DEL CLAUSTRO (1)

Cautiva del alero envejecido :

Como esquila de dóciles rebaños,

Hace siglos que se oye tu tañido

En el claustro glorioso, que ha vencido

A la mano implacable de los años.

Yo, que miro lo triste en mi sendero,

Como la inmensidad la enhiesta palma,

Con un viejo dolor por compañero,

Y un bronce clamoroso y plañidero

Que tañe, como tú, dentro de mi alma ;

Que planto de la tarde á los fulgores

Junto á la fuente y al verjel mi tienda,

Para llevar un eco de rumores

Y una maceta de olorosas flores,

Y luégo deshojarlas en mi senda,

Vengo á cantarte á ti, bronce sonoro,

Que con voz amorosa y argentina

Me recuerdas la música del coro,

(1) Composición premiada en concurso de poesía con una margarita de oro.